

**Ecós de la visita de Ortega y Gasset**

Manantiales, 20 de Diciembre de 1928.

Señor Don Luis Fernández Solar.

Estimado Lucho:

No temo equivocarme e incurrir en una plancha dirigiéndome a tí como al autor del hermoso artículo que, bajo el título de *Sembrador de Inquietud* y con la firma de tus iniciales, publica *La Nación* del domingo último. Desde este apartado refugio campestre, te envío mi más cordial y entusiasta felicitación. Has dicho la palabra más justa, has emitido el juicio más certero que aquí se han pronunciado sobre el maestro español. En la actitud del arquero que orna la carátula de sus libros, has clavado la flecha medio a medio en el blanco.

En realidad, el secreto de la fascinación que sobre nosotros ejerce la palabra de Ortega y Gasset, estriba en que, como tu dices, en él «repercute bella y dramáticamente, más quizás que ningún otro pensador, la hora de su tiempo». Y agregas más adelante:

Toda su obra está en ser espectador, pero un espectador que mira en torno con asombro... Su mente no es sino una mirada nueva para cosas viejas, un como ir siempre llegando ante cada problema.

Es lo que yo decía, después de su última conferencia en la Universidad, a los que le tildan de repetir conceptos conocidos. Cierta, la nivelación social conformada a una escala mesocrática, es un hecho que se viene señalando desde hace mucho tiempo. Todo el siglo XIX la ha preparado y es ella el término natural a que conduce la democracia. Cifras estadísticas, hechos políticos de carácter más bien formal, han servido generalmente a los publicistas para atestiguarla. Ortega y Gasset la siente bullir a su alrededor en todas las manifestaciones de la vida cotidiana: la advierte en los lugares de reunión, en los centros y espectáculos reservados antes a la *élite*, tanto como en el ágora y en la imprenta. Y lo que en otros, sociólogos de gabinete, parecía casi un problema abstracto, cobra bajo su palabra un tembloroso acento dramático.

Otro cargo que ha circulado mucho, es el de superficiali-

dad. Para escapar a él — aunque temo que no escaparía nunca a los profesionales del descontento, a los que ponen todo su empeño y todo su orgullo en no admirar lo que admiran muchos — Ortega debiera detenerse en los temas que insinúa, hasta agotarlos y aportar soluciones a los problemas que deja planteados. Pretender esto significa ignorar la índole misma de los géneros que él cultiva — el ensayo, la conferencia — y, lo que es peor, desconocer la naturaleza de su talento y la finalidad de su misión educadora. Ella consiste en inquietar, en incitar nuestro pensamiento, en hacernos revisar las opiniones adquiridas. Tú lo dices con gráfica precisión: es el suyo «un intelecto que más que responde, pregunta»...

Su don máximo es sugerir, iniciar caminos, crear íntimas encrucijadas y a menudo el provecho de leerlo u oírlo empieza donde él termina. Cuando termina la palabra de este hombre, queda el pensamiento poblado de senderos.

Así, su teoría de los grandes ritmos biológicos que mueven la historia en un sentido pendular — el ritmo de la edad y el ritmo sexual — podrá parecer a algunos una teoría ingeniosa, pero desprovista de seriedad. Yo veo en ella una perspectiva nueva para contemplar la evolución de las sociedades, un ángulo más para mirar el campo de la historia, otro factor a que atender para explicarnos el devenir humano, y lo veo así porque en torno a esta idea, que viene a ser como el hilo destinado a sostener las perlas del collar, se me van juntando muchos hechos que antes encontraba aislados y me parecían de corta significación. Aquí reside la profundidad de Ortega y Gasset: no en la idea difícil, sino en la idea de fácil acceso pero que prolonga muy lejos sus efectos y abre a los caminos transitados salidas insospechadas que los transforman y dilatan remotamente.

Poeta grande, siente la vida como una aventura espiritual perpetua, un magnífico deporte que no tiene otro fin sino vivirla bellamente, y todo él es este regocijo de mirarla, de pensarla, de soñarla, de ir la haciendo.

Sí, la actitud de Ortega es, ante todo, actitud de artista. Vagos resabios de austeridad castellana y gravedad tudesca, le mueven a veces a negar su hedonismo. Pero es inútil. No podemos imaginarlo en la actitud del sabio que busca tenaz y confiado una verdad definitiva ni en la del juez que sentencia o del legislador que fija normas. Asistir al juego de las ideas y sentimientos, en la vida espiritual; contemplar el juego de las actividades humanas en la vida dinámica, es para Ortega un

íntimo goce estético, un placer deportivo, incomparable en calidad e intensidad, que justifica por sí solo el ejercicio del pensamiento. No creo que le desvelen la Verdad y el Bien, considerados como entidades metafísicas, como moldes impuestos a la realidad. En cambio le apasiona la Vida, tal como es, multiforme y contradictoria. Toda explicación simplista, toda solución unilateral le arranca una protesta.

«En esta época donde todo el mundo es «anti» yo aspiro a «ser» y a no «anti-ser», declara orgullosamente (1). También ha dicho:

Necesitamos no perder ningún ingrediente: alma y cuerpo. Vamos, por fin, hacia una edad cuyo lema no puede ser «O lo uno o lo otro» — lema teatral solo aprovechable para gesticulaciones. El tiempo nuevo avanza con letras en las banderas: «Lo uno y lo otro». Integración. Síntesis. No amputaciones (2).

Es por eso que las nuevas generaciones, que sentimos ese mismo afán de integración, reconocemos en él a un maestro, como lo reconocemos en André Gide, otro portavoz de la corriente ecuménica del momento, quien se ha definido en su lema: «Les extrêmes me touchent. Je suis un homme d'extrême milieu.» Suya es también esta declaración: «Je n'ai jamais rien su renoncer.» Ya antes Mauricio Barrès, el príncipe de la juventud intelectual francesa del primer cuarto del presente siglo, había afirmado: «J'ai voulu ne rien nier, être comme la nature qui accepte tous les contrastes, pour en faire une noble et féconde unité.» Para ellos, como para nosotros, el grito d'annunziano: «¡diversidad, sirena del mundo!», resume nuestro más profundo anhelo lírico y expresa la condición más bella y esencial de la vida. Por su atención apasionada a las preocupaciones de la hora que vivimos y por la íntima repercusión que esas preocupaciones encuentran en él, es Ortega y Gasset el pensador de nuestro tiempo. Con razón dices tú: «Por nadie se conocerá un día mejor el drama de esta hora que por este gran español, este espectador que ha sabido mirar con asombro».

Tiempo es ya de terminar estas glosas que van resultando más largas que el texto. Tus apreciaciones coinciden en tal forma con las mías, tus palabras traducen con tal exactitud mi pensamiento, que éste, provocado por aquéllas, se ha puesto a discurrir por su cuenta y no he podido imponerle silencio. Creo que, como yo, te estarán agradecidos otros admiradores del Espectador por haber sabido expresar tan bien su manera de sentir y de comprender la ideología y la acción de José Ortega y Gasset.

Tu primo y viejo amigo.— OSVALDO VICUÑA  
LUCO.

(1) *El Espectador*. Tomo V, pág. 113.

(2) *El Espectador*. Tomo V, pág. 118.